GANCHITOS y CRIATURAS SAGRADAS

Mitologías pandémicas + conspiranoia

Si tienes miedo al 5G, crees que joder, el mundo se va a la mierda, que el Anak Krakatoa es una señal y que Ana Pastor vigila tus conversaciones por Whatsapp, queremos que participes en este fanzine. Háblanos a través de las redes.

Foto de portada: Ryan Quintal en Unsplash

EL VIRUS QUE AMABA A LOS NIÑOS

WELDON PENDERTON

Escritor, editor y oficinista. www.niñosgratis.com

La verdad es que el virus es bastante fino. Quiero decir, que imagínate un virus que matase también a los niños, por ejemplo. Ahí las cosas habrían sido de otra manera. Para empezar, todos esos oficinistas obedientes que seguían yendo a trabajar a pesar de que la oficina no era segura, sólo porque se lo decía el botarate de su jefe, se habrían puesto imposibles. Habrían salido corriendo para casa, habrían cargado el coche de comida, dejando sin comida a los demás, y habrían conducido histéricos sin saber dónde. Lo que se dice cundir el pánico. Y esto ya sí que habría sido Mad Max, porque ya no habría quien fabricase comida ni quien la llevase hasta las ciudades, y, cuando se les acabase la gasolina, esos padres histéricos se bajarían del coche y matarían a una vieja de cualquier casa de pueblo para quitarle lo que era suyo y dárselo a sus hijos, porque la gente que tiene hijos es así, siempre dispuesta a hacerle a los demás lo que no les gusta que les hagan a ellos.

Así de sencillo. Si el virus no hubiese sido tan caprichoso de dejar en paz a los niños, ahora mismo estaríamos todos muertos. Esto anima un poco a la conspiranoia. Quiero decir, que ya es puñetero esto de que los niños sean portadores inmunes, y que si a alguien se le ocurriese esparcir un virus para dar un golpe de estado global y desencadenar el paso al Nuevo Orden, desde luego no adelantaría nada si nos morimos todos. Tenía que ser un virus muy afinado, como este.

La teoría de la conspiración es una cosa de una ingenuidad tremenda si te la tomas al pie de la letra. El tablero global es tan complicado que ya no hay quien lo entienda, para poder elaborar un relato de las cosas es necesario recurrir a simplificaciones tan bestias que den hasta un poco de vergüenza. Pero me parece que aunque las teorías de conspiración sean mentira, de alguna manera cuentan la verdad. Como esas herramientas matemáticas que sirven para resolver cálculos diabólicos. La transformada de Laplace, por ejemplo. Resulta que, para resolver una ecuación diferencial de las que te hacen sudar la gota gorda, sale mucho más barato transformarla a su reflejo en un universo donde es mucho más sencillo trabajar, el universo de Laplace, y una vez resuelta ahí, la traes de vuelta a la realidad y te sale lo mismo que si la hubiésemos hecho a lo bestia. Quiero decir, que la transformada de Laplace y la teoría de la conspiración son como coger el ascensor para ahorrarnos subir siete pisos por la escalera, pero que al final llegamos al piso de arriba de las dos maneras. Aunque bueno, hay quien se olvida de bajar del ascensor cuando llega a su piso y se acaba perdiendo por ahí arriba como un globo. Y además con la conspiración corremos el riesgo de hacerle al Sistema el caldo gordo con aquello de la disidencia controlada. La gente que va por ahí diciendo que la Tierra es plana es complicada de clasificar moral y políticamente.

¿Que resulta que nos engañan como a niños y no nos cuentan la verdad y nos manejan como quieren? Obvio. ¿Que hay un señor sentado en un despacho de Park Avenue que tira de un cordel y sale un virus por las rejillas de ventilación del metro chino y luego acaricia al gato y se parten los dos de risa? Pues mira: no.

La conspiración no sólo nos permite hacernos los listos (porque lo que subyace aquí es que a ti no te la dan como al resto), sino que además es muy divertido. El mundo sería un lugar mucho mejor si fuese cierto lo de la sopa de murciélago, desde luego. El otro día leía una entrevista a un señor que había escrito un libro sobre la violación en el Museo del Prado. No es que en el Prado violen gente, que algún caso se habrá dado, sino que está lleno de cuadros en los que están violando a alguien. El tío había descubierto la sopa de ajo. Pues claro, hijo de mi vida. Ya sabemos que el rapto de las sabinas es la violación de las sabinas. No hay más que ver los cuadros. Los museos están llenos de pornografía para aristócratas, como ya nos explicaba la gran papisa de la conspiración española Pilar Baselga en su libro "Arte, conspiración y magia negra" (Editorial Manuscritos, 2017). Viene a decir que todos esos desnudos de los cuadros los encargaban los reyes porque en aquella época no había otro porno que ese. No parece muy descabellado pensar que Felipe IV se zurraba la sardina en su picadero de la Torre de la Parada mirando cómo Zeus culiaba a Ganímedes contra su voluntad. Pero es que Baselga sostiene que estos cuadros no cumplen solamente la función pornográfica, sino que son confesiones. Los prohombres llevan utilizando la violación anal de muchachos desde tiempos inmemoriales para despojarlos de humanidad y convertirlos en psicópatas que trabajen después como agentes secretos para el poder, y con estos cuadros de alguna manera se rinden homenaje a sí mismos y van dejando pistas para que el investigador avezado descubra el pastel.

No quiero yo negar que haya tramas ahí escondidas que algunos investigadores descubren y denuncian con rigor y con pruebas. Obviamente el mundo está lleno de granujas, bribones y sinvergüenzas que manipulan para arrimar el ascua a su sardina, pero no hay ninguna diferencia entre aceptar el relato oficial de los hechos y abrazar una teoría de la conspiración sin pruebas. Ambas cosas consisten en aceptar una simplificación consoladora, lo que viene siendo religión.

A nadie más que a mí le gustaría que fuese todo verdad, que el pasadizo subterráneo que unía los chalets de la Pantoja y de Encarna Sánchez en Marbella para que pudiesen comerse el coño sin que se enterase la prensa existiese realmente. Ahora ya, que el coronavirus lo hayan soltado los chinos (o los americanos para echarle al culpa a los chinos) para esclavizarnos a todos a tope de una vez es algo que me da bastante igual. Lo cierto es que aquí estamos todos encerrados. Me interesan mucho más las consecuencias que las causas. Pero en ambos casos, tanto el de las causas como el de las consecuencias, me siento incapaz de comprender y sacar algo en claro. Prefiero echar mano de la intuición que de la investigación y el análisis. El universo de la intuición es como el universo de Laplace, pero más sencillo todavía. Si yo traslado todo lo que veo por la ventana de mi casa al universo de la intuición llego a la conclusión de que estamos bien jodidos, y esa conclusión también me cuadra perfectamente en eso que hemos acordado en llamar la realidad: el plano de existencia en el que necesitamos dinero para bajar al súper.

Este experimento social de encierro con el que estamos todas colaborando de buena gana nos permite observar que como conjunto somos bastante idiotas, y que el ruido ensordecedor de todos diciendo cada uno lo que se nos pasa por la cabeza hace imposible cualquier posibilidad de salvación. Acabo de ver a la vecina de enfrente salir a extender la bandera de España que tiene en el balcón, que la había enrollado el viento. Tiene dos. Una hecha jirones y otra nueva. Cuando puso la

nueva no se molestó en quitar la vieja. Es como la canción de Cecilia. Mi querida España, esta España viva, esta España muerta. Es una buena canción para poner después de los aplausos. Ayer un vecino puso “Qué no daría yo” de Rocío Jurado, una canción en la que alguien descubre lo feliz que era en el pasado, aunque no lo supiese, y fantasea con viajar en el tiempo para disfrutarlo todo ya con la conciencia que te da la resaca, con la ventaja del aprendizaje. Sin duda se trata de un punto de vista mucho más conveniente que el de “Resistiré”, el himno oficial de todo eso. Una canción bastante infantil que no hace ninguna reflexión, sino que se enroca en la fantasía de que nada podrá derrotarnos a la vez que asume que nos vamos a tragar todas las calamidades que nos lluevan del cielo. Lo dicho: salvo escasos momentos de lucidez, somos bastante imbéciles.

Chicas, estamos jodidas. Ahora bien, aprendamos de Rocío Jurado y pasémoslo bien por el camino. Que no acabe todo y nos arrepintamos de no haber exprimido a tope el confinamiento. La clave está en en confinamiento. Asumamos la tesis de que el virus ha sido diseñado y liberado con unas intenciones concretas. ¿Es el confinamiento un fin en sí mismo de la conspiración o se trata solamente de un efecto colateral? Yo llevaba meses diciendo que tenía que pasar algo porque ya no aguantaba más la realidad. Llevo toda la vida esperando que pase algo. Que vengan los extraterrestres, la reconquista de Al-Andalus, lo que sea. Me valía cualquier cosa que me quitase de trabajar. También estaba en una etapa de demasiada actividad y cansancio, y una buena temporadita encerrado en casa me viene como agua de mayo. Los primeros días estuvieron un poco nublados por el nerviosismo, pero conforme pasan las semanas me sorprende mi propia capacidad para no pensar a largo plazo y la placidez que se va apoderando de mi ánimo. Supongo que no es más que el efecto balsámico de las vacaciones. Así que me pregunto si el objetivo del master of the virus no sería en realidad que yo me tomase unas vacaciones a toda costa. ¿Qué teorías de la

conspiración se nos ocurren para llegar a esta conclusión? ¿A quién le conviene la suspensión total de mi actividad profesional? A mí no se me ocurre nada. La conspiración no es para vagos como yo. Abandonemos este camino.

Parece bastante más probable que quienes tienen el poder de diseñar y liberar un virus tengan planes un poco más pérfidos. Supongo que el fin último de la maldad, el colmo de la perfidia, es, como siempre nos ha enseñado la literatura conspiranoica, provocar el caos. En la trilogía illuminati de Robert Anton Wilson y Robert Shea, la Capilla Sixtina de la conspiración, se produce una guerra subterránea entre dos poderosísimas sociedades secretas, los Discordianos y los Illuminati.
Los unos no tienen otro objetivo en la vida que provocar el caos, mientras que los otros tratan de impedírselo (no me preguntéis cuál es cuál). El caso es que actúan como fuerzas de la naturaleza y con su guerra generan un equilibrio general invisible en el que se sostiene el mundo. Digamos que se sustituye la lucha del bien contra el mal por la del caos contra el orden. El truco de los roberts era construir una amalgama tan barroca y extensa de verdades e invenciones que resultase complicado distinguir las unas de las otras en esa especie de jardín de las delicias pop de finales del siglo XX, que fuese imposible señalar al agente del caos dentro de la foto general. Un agente del caos no es más que un terrorista sin causa, un señor que disfruta interrumpiendo el curso natural de los cauces geopolíticos y poniendo en evidencia lo frágil que es nuestro sistema. Por ejemplo, el shit ninja que actuaba cada mañana en mi oficina, dejando un regalito en el váter y marchándose sin dejar papel a la vista y sin tirar de la cadena pero bajando la tapa para que el siguiente usuario se encontrase con sus excrementos sería un agente del caos a pequeña escala. Pero lo cierto es que no se me ocurren casos de agentes de caos a lo grande, todos los terroristas que me vienen a la cabeza servían a alguna causa. Si yo fuera un agente del caos creo que no encontraría un momento mejor para actuar que este en el que estamos todos encerrados en

casa tan vulnerables. Figúrese usted si viene uno y derriba unas cuantas torres de repetición de datos o unos díscolos jovenzuelos adinerados cogen el barco de sus padres y unos batiscafos y cortan los cables submarinos que cruzan el atlántico la que pueden armar. Yo mismo si tuviera un proyector pondría unas imágenes pornográficas en la fachada de enfrente ahora que están todos los niños asomados a las ventanas sin otro ánimo que el de reírme un rato, aunque me temo que en el fondo siempre hay una causa. El COVID-19 sí que es un agente del caos estupendo, si se me permite la prosopopeya. O todo lo contrario, porque después del caos ya sabemos lo que viene: la app, el ecofascismo y el terror.
El año pasado el gobierno en funciones del PSOE, aprovechando la organización "espontánea" que había brotado en Cataluña contra las fuerzas de seguridad españolas, se sacaba de la manga el decreto-ley 14/2019 por el que ampliaba el número de supuestos en los que el gobierno podía acceder al contenido de internet y alterarlo. Recabar datos, cerrar servidores... todo ello sin la necesidad de una orden judicial. En noviembre, concretamente del 18 al 21, el INE con la colaboración de Movistar, Vodafone y Orange hacía una prueba de recopilación de localización de usuarios con la excusa de averiguar cositas sobre los desplazamientos de los españoles y sus lugares favoritos de vacaciones. Atención a lo que contaba El País:

> *Durante los días que dure la campaña se tomará la posición de los móviles entre las doce de la noche y las seis de la mañana para establecer el lugar de residencia. Y entre las nueve de la mañana y las seis de la tarde se examinarán los flujos de personas, entre qué celdas de la red móvil se trasladan para trabajar o estudiar. Para calificarlo de destino cotidiano el INE considera que el móvil tendrá que estar presente en la misma localización al menos cuatro horas en dos de los cuatro días.*

Y ahora las operadoras móviles ofrecen al gobierno sus servicios de big data para contener el virus. Por su parte el gobierno ya tiene disponible la app para infectados de COVID-19, en la que es voluntario activar los datos de localización. De momento. Y siempre todo de manera anónima, ni que decir tiene. Además, está ya en marcha el desarrollo de otra app para controlar que cada uno está donde dice estar y para cuya ejecución ha sido necesario conceder una serie de prerrogativas novedosas al Ministerio de Sanidad. Y eso por no hablar del 5G, que empieza a expandirse y que tiene a los conspiranoicos vibrando porque además de que permite hasta espiar a las abejas y a las flores resulta que es venenoso. Tengamos en cuenta que ya hay quien dice que es precisamente el 5G, una tecnología fundamental en la guerra comercial USA-China, el responsable de la formidable expansión del virus, que flota plácido en sus ondas como marrano en un charco.

Desde luego, al que le apetezca unir la línea de puntos y ver una intencionalidad y decir que el virus fue sembrado deliberadamente para liberar de una vez al kraken lo tiene a huevo.

Esta amenaza de control absoluto, este Gran Hermano ya prácticamente implementado, es lo que se denomina estos días como ecofascismo. La ciencia ficción nos ha avisado toda la vida de que esto iba a pasar y, efectivamente, como decía la mendiga del ukelele de la rambla de Almería, “aquí me tenéis ya”.

Si a todo esto le sumamos la aparición de esa especie fascinante que son los chivatos de balcón la trama se espese de manera interesante. Yo mismo vivo un poco paranoico. Cada vez que bajo la basura tengo la sensación de llevar encima un kilo de cocaína. Bastante que no salgo a aplaudir a la ventana a las ocho cada noche. No me extrañaría que en un par de años surjan los primeros colectivos sigilosos que

renuncien a tener teléfono móvil para escapar a la mirada de Gran Hermano y que los ciudadanos de bien te insulten por la calle y llamen a la policía cuando descubran que eres uno de ellos. El último prurito de este fenómeno guerracivilista es el denuciar por las redes a los que aprovechan los días festivos para pasarse el confinamiento por el higo y se marchan a su segunda residencia. Seguramente son los mismos. Seguramente el que se va a su casa del pueblo estos días se hacía mistos las manos aplaudiendo por la ventana ayer mismo, y el vecino que lo señala como un ultracuerpo baja a comprar todos los días por estirar las piernas. Somos así. Así que lanzo otra pregunta que por supuesto no pienso contestar. ¿A quién le convenía convertirnos a todos en policías?

Esta misma mañana he leído en Facebook a una señora que en el mismo párrafo denunciaba a los que salen a la calle sin otra misión que comprar ganchitos y confesaba que ella se sube a los niños al terrado para que les dé el sol. Como todos sabemos, no está prohibido ir a comprar, pero sí permanecer en las zonas comunes de una finca. Un fenómeno descacharrante de chivatismo esquizoide. Además alegaba que ella puede saltarse la norma y el de los ganchitos no porque los niños son sagrados. Reductio ad niñum. No podemos luchar contra algo así.

Pero una cosa os digo: los virus mutan. Y a lo mejor la segunda o la tercera ola se lleva por delante a los niños y entonces sí que estamos perdidos. Yo no pienso luchar. Me quedaré en el porche en mi mecedora y que los padres de los niños hagan conmigo lo que quieran.

Weldon Penderton. 10-04-2020. Viernes Santo Confinado.

EVANGELIO-19

EDUARDO ALMIÑANA
Escritor, periodista y terrícola

Como vulcanos furiosos con dolor de espalda crónico por culpa del confinamiento: la dilatación en el tiempo de los sucesivos estados de alarma cristalizó el movimiento de los curvianos —*flatteners* en su vertiente anglosajona—. Nadie sospechó ni trató de impedir las reuniones fortuitas en lavanderías de barrio en las que forjaron sus primeras relaciones los protocurvianos y en las que ella comenzó a ganar adeptos, fieles que pronto trasladaron el mensaje de lavandería en lavandería, haciendo de estos establecimientos ajenos a la prohibición y al cierre sus templos —de estas primeras catacumbas, sus sudaderas con cremallera y capucha siempre impecables y con olor a suavizante, y la costumbre de los curvianos de oficiar sobre imponentes lavadoras industriales de acero, y el clímax ensordecedor y extático del centrifugado al final de sus eucaristías—. Al principio se trataba solo de individuos solitarios haciéndose compañía: se sabe que ella y sus apóstoles originales

coincidían a la hora de la siesta, que se sentaban en los puntos ciegos de la cámara y en aquellos que quedaban ocultos al vistazo fugaz de un coche patrulla que pudiese pasar junto a la puerta de cristal, que en el génesis de la gran secta del tercer milenio aligeraban la frustración acumulada tras semanas de encierro en pisos de sesenta metros y alquiler gentrificado, compartían miedos y odios que bebían del pandemónium cacofónico, afónico y desquiciado en que se habían convertido las redes sociales.

Cómo se moduló su doctrina hasta ser lo que es hoy, si por la voluntad de una o de un modo orgánico, es algo que ya no se podrá dilucidar del todo: parece lógico pensar que poco a poco surgieron una serie de ritos estrechamente vinculados a la superstición, una fórmula para despedirse que empieza como una broma privada y acaba alcanzando calidad de lenguaje propio, nos vemos mañana si dios quiere es sustituido por algo que podemos suponer, se refería a la curva de infectados por el virus, y esta expresión jocosa de deseo se convierte en lugar común y después en convención, en oficialidad, en norma. Eso que era solo una frase hecha se asimila y se enseña a los neófitos. A medida que las lavanderías fueron siendo ocupadas durante ciertas horas por los curvianos, el resto de clientes aprendió a evitar aparecer por allí durante sus reuniones: la excusa solía ser la incomodidad, pero lo cierto es que en el ambiente, además de un magnífico aroma a limpio, flotaba una amenaza contenida pero real. Quien se atrevía a denunciar públicamente que lavadoras y secadoras estuviesen siempre en uso en la hora de la sobremesa, en ocasiones solo para dos o tres calzoncillos, bragas o tangas, una camiseta de Primark, una sábana o tres toallas, se encontraba con el encogimiento de hombros de la Policía, que solo podía imponerles sanciones si no respetaban la distancia recomendada por los protocolos, cosa que sí hacían. Sobra decir que los propietarios de estos negocios estaban encantados de disponer de una clientela tan fiel: entonces no podían ni soñar que esas personas anodinas

que parecían esperar los veinticinco minutos del programa eco distraídos tras sus mascarillas, con la cabeza metida en un libro o con la mirada fija en smartphones, acabarían apropiándose de sus lavanderías, y no mucho después, de los derechos de explotación de la fe de una proporción significativa de la sociedad.

No fue hasta la sexagesimocuarta prórroga del estado de alarma que los curvianos sacaron a las calles la contundente sublimación de sus liturgias perfumadas de lavanda y sus hisopos de plomo para transmitir la buena nueva que ella había ido puliendo en tweets que sus acólitos con pseudónimos rebosantes de banderas y de mensajes en cursiva multiplicaban y multiplicaban, misioneros en chándal dispuestos a perder la cuenta por la causa: lloraban a los compañeros caídos en las limpiezas de bots para volver a la carga con renovada energía y seguir contándole al mundo que la curva debía aplanarse a toda costa y si era necesario echando mano de medios expeditivos, porque la economía no podía sufrir más, y tampoco los niños, ni los diputados ultraderechistas, ni los cactus que habían dejado atrás en las oficinas y que ahora languidecían a solas cercanos ya al límite de su resistencia a la deshidratación. Si el Gobierno y los enclenques mentales del planeta no eran capaces de transformar la curva en un espagueti en reposo con su sacrificio, ellos se encargarían de hacerlo con sus propios métodos: el aplanamiento de la curva que practican los curvianos en sus misas o en sus conversiones callejeras no es solo un símbolo, como tampoco lo es para un buen cristiano la transubstanciación del pan y el vino en el cuerpo de Cristo [en las eucaristías uno come y bebe realmente al Salvador, y si no cree en ello, mejor que se dedique a otra cosa, como el budismo o al krishnaísmo, o cualquier movimiento comeflores de los que han proliferado sin cesar con el declive de las buenas costumbres]. Cuando los curvianos descargan sus mazas sobre las curvas sacramentales creen estar destruyendo al SARS-CoV-2 de verdad, no de forma alegórica.

Cada mazazo los acerca de nuevo a las terrazas de los bares y a las segundas residencias.

Hasta que saltó a los medios el caso de la conversión de dos gemelos rumanos sin hogar afectados por un grave caso de cifosis, los curvianos, igual que los pandemitas, habían sido considerados poco más que una molestia: exaltados pegando alaridos en las redes y protagonizando pequeños altercados, otros más para la lista en los que ya figuraban conspiranoicos del 5G, terraplanistas, evangélicos bolsonaristas -una rama de adoradores del difunto presidente brasileño suicidado por el nuevo régimen militar brasileño- o nazbols. Hoy operan en la bisagra entre lo público y los clandestino: mientras sus parroquianos aplanan y son perseguidos por la ley, su líder emite para millones a través de Youtube, señalando productos que inmediatamente son aplanados en todo el globo, afectando así a la toma de decisiones de algunas de las mayores compañías transnacionales. No solo eso: se ha interiorizado hasta tal punto la fobia a las formas curvilíneas que el arte y el diseño tiende en esta última época a lo geométrico y afilado, una pesadilla trítica donde no tienen cabida palabras como bubble o blandinblú y que atenta contra la predisposición humana a conmoverse con la redondez, que en términos evolutivos explica el hecho de que encontremos adorables a nuestros recién nacidos, en lugar de desagradables y odiosos, como empieza a ocurrir en las regiones en las que la plaga curviana adquiere mayores dimensiones.

GENTE HABLANDO DE MAZORCAS

DAVID PASCUAL AKA MR. PERFUMME

Escritor, músico y guionista

Yo lo que quiero decir es que esta plaga no se diferencia de cualquiera de las otras ¿Cómo? Ya sabe, las otras. No haga como que no sabe de qué le hablo. ¿Qué? Pues ya sabe, las langostas, el sida. Todas esas. Y con esto no quiero decir que sea Jesucristo nuestro señor el que las traiga. Eso sería blasfemia. Pero es evidente que guardan cierta relación y que esa relación tiene que ver con lo moral y con lo que está bien y con lo que no lo está. ¿Qué? Bueno, pues en lo del sida está claro, ¿no? Darse por el culo. Y lo de las langostas, pues... Mire, yo no soy historiador, sólo le digo lo que veo. Pero seguramente que sería por darse por el culo también. Mucha gente piensa que la gente empezó a hacerlo en los ochenta pero lleva ahí de toda la vida.

Capricornio. Si, a eso me refiero. Osea, es una mezcla. Por un lado está lo de Capricornio. Y eso no lo digo yo ahora, eh? Eso se viene diciendo desde que el cielo es cielo. Ya lo decían los mayas. No, espere, los íberos. ¿Cómo? No, los íberos, sí seguro. Me he confundido antes cuando he dicho los mayas. Y por otro lado está el trigo y están las ondas. En general. Las ondas en general. Pero sobre todo lo que debe de entender es que las personas somos energía y que la energía, como suele decirse, viaja. Y ahora se está pirando. ¿Que dónde? Y yo que coño sé. Oiga, escuche, no, escuche un puto momento, ¿hace las preguntas para pillarme o algo así? ¿Está gilipollas? Mire, mejor lárguese antes de que le acabe dando una hostia porque créame que se la daré.

¿Sabe que cien mil marines estadounidenses estuvieron en China, a pocos kilómetros de Wuhan haciendo prácticas justo antes de que estallara la pandemia? No lo sabe porque los medios no lo están contando. 5G, amigo, ¿sabe de lo que le hablo? Internet, le pongo un ejemplo: Mire, cuando yo tenía su edad, llevaba a mi mujer a ver las vaquillas al pueblo de al lado y me llamaban el vaquillas sólo por eso. Desde el tonto más tonto del pueblo hasta las señoras mayores. Todo el mundo me llamaba así. ¿Cómo se queda? Comunicación. Apagón digital. Esas van a ser las palabras clave. Pasaron los años y mi mujer se fue, claro. Como hacen todas. Desdigitalización, esa va a ser otra.

A ver, lo primero que tiene que entender es que yo soy artista de performance. Bueno, sí, hago un poco de todo. Pero sobre todo performance. Arte de acción. Pero ya le digo que ese día yo estaba más en plan pintar. A veces cojo los pigmentos con los dedos y comienzo a arrastrarlos contra el lienzo pero es como si no fuera yo, ¿entiende? Es más como que yo soy la herramienta de algo más profundo ¿Qué? No, ni idea, yo tiendo a pensar que son los espíritus de los antiguos indios, pero es sólo mi interpretación, no quiero imponerla. No soy este tipo de artista "unidireccional". El caso es que tenía uno de esos días como de pintar y ser sólo una herramienta de, digámoslo así, "algo superior que no necesariamente son espíritus indios" cuando de repente, perdí por completo la conciencia y, al despertar, ahí estaba el cuadro. Sí, claro, este mismo cuadro. ¿Qué le parece? ¿No le parece que es igual que los dibujos que sacan en los medios de comunicación? Uy, está al revés. ¿Qué me dice ahora? ¿Mi teoría sobre el origen? Fui yo al pintarlo. Escuche, ¿existen las cosas antes de que les demos nombre? ¿la cita? No sé, de internet, supongo.